

**Agitación y propaganda en la *novemberrevolution*:
Espartaco y *Die Rote fahne***
*Agitation and propaganda during novemberrevolution:
spartakist rising and Die Rote fahne*

Lorena R. Romero Domínguez
(Universidad de Sevilla)

I/C - Revista Científica de
Información y Comunicación
2008, 5, pp-428-477

Resumen:

El objetivo del presente artículo es estudiar la actividad periodística de la Liga Espartaquista y su participación a través del diario *Die Rote Fahne* en los sucesos revolucionarios de noviembre de 1918 y en la Semana Sangrienta de enero de 1919 en Alemania.

Abstract:

The present article aims to analyse the Liga Espartaquista's journalistic activity and its participation, through the newspaper Die Rote Fahne, in the revolutionary events along November 1918 and the Bloody Week in January 1919 in Germany.

Palabras clave:

República de Weimar, Revolución alemana, Liga Espartaquista, Partido Socialdemócrata, Prensa.

Keywords:

Weimar Republic, German Revolution, Spartakist Rising, Social Democratic Party, Press.

Sumario:

1. Introducción
2. *Novemberrevolution* y *Spartakusbund*
 - 2.1. El precio de la guerra: el nacimiento de Espartaco
 - 2.2. El camino hacia la revolución
3. La prensa espartaquista
 - 3.1. Los primeros títulos
 - 3.2. La aparición de *Die Rote Fahne*

Summary:

1. Introduction
2. German Revolution and Spartakist Rising
 - 2.1. War's prize: Espartaco's birth
 - 2.1. Way to revolution
3. Spartakist Press
 - 3.1. First social democratic newspapers
 - 3.2. The birth of *Die Rote Fahne*

I. Introducción

El 22 de febrero de 1919, la edición de *Die Rote Fahne* (*La bandera roja*) publicada en Manheim, insertaba en portada un artículo que bajo el desafiante título de “Wir klagen an!” (“¡Nos quejamos!”) exponía ante la opinión pública los sentimientos suscitados en el ala más radical de la izquierda alemana por los terribles asesinatos de sus principales dirigentes, Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo. Las aseveraciones del periódico editado por la sección del *Kommunistische Partei Deutschlands* (KPD) en el *Land* de Baden eran rotundas en su esfuerzo por contrarrestar las versiones oficiales que mencionaban que Luxemburgo había sido linchada por una multitud durante su traslado a prisión y que Liebknecht cayó

abatido por los disparos de sus captores al tratar de huir. Según relataba el periódico, los acontecimientos habían sido bien diferentes:

Sie sind ermordert worden und das Bericht findet nicht von wem. So wollen wir reden und wollen erzählen. [...] Karl Liebknecht und Rosa Luxemburg sind am Abend des 15. Januar 1919 in das Eden-Hotel beim Stabe der Garde-Kavallerie-Schützen-Division eingeliefert worden. [...] Die Festnahme war ein Rechtsbruch. Es bestand kein Haftbefehl. [...] Das ist der Vorgang des einen Mordes (1919, 22 de febrero: “Wir klagen an!”, *Die Rote Fahne*, p. 1)¹.

Casi un mes antes de la publicación del citado ejemplar, los dos líderes del que será conocido como movimiento espartaquista habían sido víctimas de una brutal represión después de haber sido detenidos el 16 de enero en el número 43 de la calle Mannheimer en el distrito de Wilmersdorf, uno de los pocos barrios berlineses que en enero de 1919, tras los episodios revolucionarios de noviembre de 1918, se resistía a los influjos de las fuerzas reaccionarias. Karl Liebknecht recibió varios disparos en el Tiergarten porque, según el capitán Horst von Pflugk-Harttung, jefe de la escolta militar de los Cuerpos Libres que le acompañaba en su traslado a la prisión de

¹ Han sido asesinados y no se dice por quién. Así que estamos en la obligación de hablar y de explicar lo ocurrido. [...] Kart Liebknecht y Rosa Luxemburgo fueron detenidos la tarde del 15 de enero en el Hotel Edén por la división del Garde-Kavalleri. [...] La detención fue una violación de sus derechos. No habían cometido ningún delito. [...] Éste es el relato del camino hacia un asesinato...

Moabit, había intentado escapar. *Die Rote Fahne* publicaba, no obstante, que Liebknecht fue obligado a bajar del coche a su paso por el Tiergarten, alegando un fallo en el automóvil. Veinte pasos pudo avanzar Liebknecht en su supuesta huida, según el relato oficial, ante de que se abriera fuego contra él.

La teoría de un intento de fuga era desmontada, no obstante, en las páginas del órgano del partido por varias razones. La primera de ellas apuntaba que el dirigente socialista había recibido un fuerte golpe en la cabeza durante su captura, con lo que el estado de aturdimiento en el cual se encontraba mermaría su capacidad de reacción y movimientos. En segundo lugar, se hacía referencia al elevado número de soldados que velaban por el traslado de Liebknecht, siete en total, quienes, además, iban fuertemente armados. Por último, el hecho de que su cadáver fuera abandonado en un puesto de socorro con la etiqueta de “desconocido”, alentaba la idea de que se había tratado de borrar cualquier huella del asesinato (Lucas-Busemann, 1990, p. 24).

Mientras esto sucedía, apenas una hora después en las puertas del Hotel Edén, donde se había retenido a ambos dirigentes, a Rosa Luxemburgo le destrozaron el cráneo de dos culatazos y fue rematada con un disparo en la cabeza. Su cuerpo fue arrojado al Landwehrkanal desde el puente de Lichtenberg y encontrado varios meses después, en mayo. El transcurso de este lapso de tiempo alentó todo tipo de leyendas entre las clases populares en las cuales se narra que *Rosa la Roja* o *Roja la Sanguinaria*, como se la apodaba en los círculos reaccionarios, no había muerto. Más siniestras eran las versiones que aseveraban, por el contrario, que sí había fallecido y

que su fantasma seguía vagando por las calles de la ciudad para extender la revolución.

El relato de este dramático episodio² no podía ocultar, en opinión de *Die Rote Fahne*, el rumbo por el cual se estaba encauzando el levantamiento de noviembre de 1918 como consecuencia de la acción de las fuerzas contrarrevolucionarias que, conjuradas con la socialdemocracia gobernante (SPD), habían frustrado los intentos de los grupos alineados con el bolchevismo ruso de proclamar una República Socialista en Alemania tras la *Novemberrevolution*. La muerte de Liebknecht y Luxemburgo venía a simbolizar, de este modo, la “mascarada” republicana escenificada por la socialdemocracia mayoritaria en las figuras de Ebert y Scheidemann, presidente y primer ministro, respectivamente, de la recién proclamada República de Weimar, quienes habían sacrificado las reivindicaciones de las masas por llevar las riendas de una transición tranquila al socialismo tras la abdicación de Guillermo II.

Ante esta traición (la “socialtraición”, como se la conocía en los círculos más radicales), el deber de la prensa adscrita al espartaquismo era denunciar dicha situación para hacer tomar conciencia, a quienes se mantenían fieles en su compromiso con el verdadero socialismo, de que la obra de la revolución no había finalizado en noviembre (como el Gobierno provisional quería hacer creer) y era necesario, por tanto, seguir luchando en las calles para instaurar la dictadura del proletariado y proceder a la socialización

² No será el único que se produzca, puesto que otro importante miembro del espartaquismo, Leo Jogiches, también será asesinado en 1919.

de los medios de producción. Dos reivindicaciones que habían sido prontamente olvidadas por el gobierno, desoyendo así las aspiraciones de los grupos de obreros y soldados que se habían levantado contra el káiser y su política bélica. Al calor de estos episodios, no podemos dejar de coincidir con Díez Espinosa (1996) cuando apunta que *la República*, [...] *había nacido de la derrota* (p. 9) y que la experiencia republicana no era sino el fruto de un fracaso revolucionario.



A lo largo de este trabajo de investigación y tomando como punto de partida el ejemplar seleccionado de *Die Rote Fahne*, pretendemos dar a conocer la influencia en la revolución de 1918 del movimiento espartaquista alemán, aproximándonos a los orígenes de su creación y a sus principales claves ideológicas. Analizado el contexto histórico en el cual aparece la *Spartakusbund*, nos acercaremos, asimismo, a su prolífica labor propagandística y las distintas tentativas periodísticas de esta facción hasta su materialización en *Die Rote Fahne*, órgano del partido, que responde en su creación y objetivos a las teorías desarrolladas por Lenin de

emplear el periódico como elemento de agitación y organización de las masas.

2. Novemberrevolution y Spartakusbund

2.1. El precio de la guerra: el nacimiento de Espartaco

Alemania, 1917. Un país devastado, arruinado económicamente, donde la privación se cierne sobre una población moralmente mermada es el precio que debe pagar el país por haber participado en el primer conflicto bélico de dimensiones mundiales. El retrato de esos tres años de contienda entre la población civil germana no se centraba, como habían esperado sus impulsores, en los heroicos –a veces exitosos– movimientos de sus tropas sino en los problemas que la contienda había provocado: descenso de la producción nacional, dificultades para el suministro exterior por el bloqueo aliado, amplias masas de trabajadores reducidas a la miseria mientras una minoría se lucraba con el mercado negro, reglamentación estatal en productos de primera necesidad –como el carbón– y descenso en la producción de los mismos, encarecimiento del precio del vestido y de la vivienda, malnutrición y epidemias endémicas, desajustes demográficos, saqueos de las tiendas de comestibles, etcétera.

Antes de llegar a este extremo de privación³, el aparato estatal guillermino había hecho albergar a la población la idea de que el conflicto no duraría demasiados meses y que con él, además de defenderse de los cosacos (se había difundido entre la población la teoría de una guerra defensiva ante la amenaza del zarismo ruso), se verían satisfechas las demandas territoriales de los grupos sensibles a las tendencias expansionistas del pangermanismo. Sin embargo, tres años después del inicio de la guerra, el desolador panorama había truncado el optimismo inicial (la “borrachera de patriotismo”, como Rosa Luxemburgo describía) en desesperación, sobre todo entre las clases populares y los soldados, los estratos más directamente afectados por el descenso continuado de unas, ya de por sí, exiguas raciones alimenticias. Como apunta Badía (1971), en abril de 1917, la ración semanal de pan en Berlín había descendido de 1.900 a 1.450 gramos; caída que no podía soportar el incremento de 100 gramos suplementarios de carne, sobre todo porque éste era un bien escaso (p. 137).

Indignados por estas míseras circunstancias, y frente a la propaganda patriótica de la legítima defensa (alentada no sólo por las clases conservadoras, los *junkers*, la oligarquía de la tierra alemana, sino también por la propia socialdemocracia, que se había lanzado a una guerra sin sentido para los objetivos originarios de la formación), se dejaban oír cada vez con más energía las quejas de

³ Este discurso en el cual se ponía en evidencia el desgaste de la estructura socio-económica alemana, junto con las noticias de las desercciones alimentadas por la propaganda aliada, había dejado en un segundo plano el incondicional apoyo que en 1914 había recibido Guillermo II por parte de un amplio sector de la intelectualidad alemana para complacer las ansias imperialistas del Reich. A ellos se habían, sumado de manera unánime, la clase política, las organizaciones sindicales y el propio pueblo.

los grupos minoritarios, procedentes del ámbito marxista, para quienes el horizonte inmediato del país pasaba por la firma de la paz si se quería poner fin a los horrores del imperialismo. Entre estos pensadores identificados con las tesis internacionalistas, se encontraban Liebknecht y Luxemburgo. El primero de ellos había manifestado su oposición al conflicto desde la temprana fecha del 4 agosto de 1914, cuando el Parlamento alemán sometía a votación la concesión de créditos militares:

Esta guerra no ha sido declarada para el bien del pueblo alemán; no es una guerra para la defensa del territorio alemán. No es una guerra para una más elevada “civilización”. [...] Elevamos nuestra protesta contra la guerra, sus responsables y los que la conducen; contra la política general que la ha provocado; contra los planes de anexión; contra la violación de la neutralidad de Bélgica; contra la dictadura militar; contra el olvido de los deberes políticos y sociales del que las clases dirigentes fueron culpables y, sobre todo lo son hoy [...]»⁴.

Su tajante “no”, simbolizaba el rechazo a aceptar la declaración de guerra que la concesión de dinero implicaba y había votado en este sentido porque hacerlo de otro modo contrariaba las posiciones adoptadas varios años antes, en 1907, en el Congreso de la Internacional celebrado en Stuttgart. En él se había acordado la oposición de los socialistas a la contienda y la conveniencia de

⁴ La declaración íntegra puede encontrarse en el nº 11 de *Filosofía, Política y Economía en el Laberinto*, revista editada por el Departamento de Hacienda Pública de la Universidad de Málaga.

utilizar la crisis económica y política creada como instrumento de agitación a nivel de las capas populares para acelerar la caída y liquidación del dominio capitalista (Badía, 1971, p. 20). La alianza antimilitarista y la convicción de que la guerra podría ser empleada en el derrocamiento de las estructuras de poder, unían a este grupúsculo alineado a la izquierda del SPD que exhibía su disconformidad con las decisiones adoptadas por el aparato disciplinario del partido en 1914. Para Liebknecht y Luxemburgo, y junto a ellos otras personalidades sensibles a las tesis internacionalistas, como eran Franz Mehring y Clara Zetkin, la esencia de la guerra que mermaba a la población seguía siendo fundamentalmente burguesa.



[fig. 2: Die Rote Fahne, 22 de febrero de 1919. “Nos quejamos”]

A su juicio, los únicos beneficiarios del conflicto eran los capitalistas, sobre todo los industriales del sector armamentístico, quienes perpetuaban los intereses expansionistas y agravaban las diferencias entre las clases. Al calor de estas convicciones, la única solución, por tanto, era el levantamiento popular al objeto de frenar una guerra sin sentido y derribar a quienes les habían abocado al enfrentamiento entre hermanos proletarios bajo las tesis de la “Unión Sagrada”.

La guerra fue, por tanto, el acelerador de las divergencias existentes en el Partido Socialdemócrata, el cual llegaba a 1917, tras afrontar el tercer invierno bélico, con serias fracturas en su seno como consecuencia, asimismo, del desacuerdo suscitado por el juego integracionista mantenido desde el SPD. Mediante su colaboración con el canciller Bethmann Hollweg, el SPD aspiraba a convertirse en un elemento más del régimen nacional y monárquico tras su renuncia a los métodos revolucionarios. La construcción pacífica del socialismo y el reformismo completaban su programa, junto con el parlamentarismo y el expreso rechazo a la lucha de clases y la dictadura del proletariado. Siendo conscientes de este corpus ideológico, la primera de las escisiones “oficiales”⁵ la protagonizaría el grupo de los independientes, el *Unabhängige Sozialdemokratische Partei Deutschlands* (USPD), que en abril de 1917, tras la celebración

⁵ Vamos a centrarnos en este artículo en las divisiones mayoritarias, ya que periódicos de la época identificaban hasta seis facciones cobijadas bajo las siglas del partido: los espartaquistas, el grupo de Julian Borchardt que recibía el nombre de *Lichtstrahlen*, los seguidores de Ledebour (quien siempre mantuvo una enconada enemistad con Liebknecht), los defensores de las tesis centristas de Kautski, Bernstein y su revisionismo (que le llevaría a fuertes enfrentamientos con Luxemburgo), y finalmente, la corriente mayoritaria agrupada en torno a Haase (Badía, 1971, p. 82).

de un Consejo en la ciudad de Gotha, se alejaba de las tesis mayoritarias y se presentaba ante la clase política alemana como valedor del pacifismo e impulsor de profundas reformas económicas y sociales en un Estado de la clase obrera. Para esta minoría independiente, el programa de construcción socialista pasaba, en primer lugar, por finalizar la guerra. En segundo término, se reconocería el valor de los medios democráticos articulados por la futura república, pero ello no obligaba a suprimir los órganos ejecutivos nacidos de las propias masas de trabajadores y soldados (los consejos revolucionarios) que ejercerían labores de vigilancia sobre el correcto funcionamiento del parlamentarismo y contrapesarían el excesivo burocratismo del cual se había revestido la estructura imperial. Cerraba su ideario el explícito rechazo a colaborar con los burgueses (aunque no se descartaba una futura cooperación con el SPD, naturales aliados de aquellos), al tiempo que se ratificaba, también, la negativa a emplear los métodos violentos de los radicales (Díez Espinosa, 1996, pp. 43-44).

Teniendo como precedente la escisión del USPD, más problemática, sería, no obstante, la ruptura protagonizada por quienes, sin despreciar los esfuerzos de los independientes (salvo su potencial alianza con los mayoritarios) habían cerrado filas en torno a Liebknecht, quien a raíz de su campaña contra los créditos bélicos había visto retirada su inmunidad parlamentaria y suprimidos sus derechos civiles⁶. El problema de esta segunda escisión, la

⁶ Como consecuencia de esta continuada persecución de la que fue objeto, Liebknecht empezó a ser considerado por las clases populares como un mártir de la política bélica del Káiser, al tiempo que se le dedicaba la admiración y el respeto del héroe dispuesto a arriesgar su vida por la clase obrera y el socialismo.

protagonizada por el “grupo de los internacionalistas” o el “grupo de Liebknecht”, como se les conocía, radicaba en que quienes serían los futuros espartaquistas habían venido desarrollando sus actividades de manera autónoma dentro del propio SPD (como lo harán después bajo el USPD) y recelaban de la separación del mismo por las limitaciones que carecer de una estructura organizada podría acarrearle en su intento de llegar a la población. Además, no renunciaban a reconquistar a sus compañeros de filas, haciéndoles comprender los principios y técnicas del movimiento que en 1916 se presentaría ante sus militantes y seguidores con el simbólico nombre de Espartaco, un grupo ligado aún a la socialdemocracia y que Paul Fröhlich (1976) define del siguiente modo:

Era una organización libre que durante la guerra contaba con miles de partidarios. Su núcleo estaba constituido por la antigua izquierda de la socialdemocracia, una elite que había sido formada en el marxismo. [...] Se habían unido a ellos las fuerzas activas de la juventud socialista, y, finalmente, diversos elementos de variadas procedencias políticas y sociales, a quienes su decidido antibelicismo había conducido a la extrema izquierda del movimiento obrero. [...] Todos eran entusiastas de la revolución, de la que muchos tenían aún ideas excesivamente románticas. [...] La Liga no era más que una federación de grupos locales que existían en casi todas las ciudades importantes, no se podía considerar un Partido (p. 395).

Pero, ¿cuáles son los valores que les habían llevado a separarse gradualmente de las tesis mayoritarias y, posteriormente, también de los independientes? El detonante, como hemos visto, había sido el beneplácito del SPD a la entrada en guerra de Alemania. Sin embargo, había más puntos de desunión entre quienes se seguían llamando revolucionarios y quienes habían sucumbido al imperialismo. La elaboración doctrinal del movimiento se debió a Rosa Luxemburgo quien, durante una de sus frecuentes estancias en prisión⁷, redactaría en 1915 —se publicaría un año más— las *Tesis sobre los deberes de la socialdemocracia internacional*. Aunque la labor propagandística del grupo había sido intensa antes de la aparición de estos *Leitsätze*⁸, serán esas líneas redactadas por la dirigente socialista entre rejas las que se conviertan en la referencia para precisar posiciones en la izquierda.

Las principales premisas ideológicas de este grupúsculo tenían su punto de partida en su frontal rechazo a la guerra. La contienda había dado lugar a la gestación de una plataforma opositora que, siguiendo férreamente las indicaciones de los congresos de la Internacional, admitía que el único compromiso de los socialistas tras el estallido de un conflicto bélico era actuar para poner fin al mismo y emplear el estado de agitación existente para derrocar las estructuras imperialistas que la soportaban.

⁷ Entre febrero de 1915 y junio de 1916 Luxemburgo estuvo encarcelada en la prisión femenina de Barnimstrasse, tras la sentencia emitida un año antes por la Audiencia Territorial de Frankfurt am Main tras un discurso pronunciado en diciembre de 1913, en el cual se había negado a levantarse en armas contra los compañeros franceses o cualquier otro obrero extranjero. Sus palabras fueron entendidas como una invitación a la desertión.

⁸ Se habían publicado ya los folletos de *Junius*, seudónimo bajo el cual firmaba Luxemburgo, para evitar la censura y las *Cartas Políticas*, aparecidas en enero de 1916, y que posteriormente —en septiembre— cambiarían su nombre por el de *Cartas de Espartaco*.

Su actitud antibelicista era corolario de la segunda de sus características: su férrea disciplina hacia los principios de la Internacional, en detrimento de los movimientos nacionales que abocarían al fracaso la fraternidad mundial de todos los trabajadores⁹. La profunda creencia en la Internacional, a pesar de que a ninguno de los seguidores de Espartaco escapaba la realidad de que la organización tenía, a la altura de 1915, graves problemas para sobrevivir, les había llevado a afirmar que la desorientación de la socialdemocracia en esos años tenía su origen, precisamente, en la falta de fidelidad a los principios internacionalistas:

En la Internacional reside el punto de gravedad de la organización de clases del proletariado. [...] El deber de llevar a cabo todas las resoluciones de la Internacional tiene prioridad sobre todos los demás deberes. [...] La única defensa de todas las libertades auténticamente nacionales consiste actualmente en la lucha contra el imperialismo. La Patria de los proletarios, aquélla a cuya defensa hay que subordinar todo lo demás, es la Internacional (Fröhlich, 1976, p. 319).

En cuanto a sus métodos de lucha (en los cuales renegaban, a pesar de las acusaciones, de emplear el terror por el terror para conseguir sus objetivos¹⁰), lo decisivo era el protagonismo de las

⁹ De hecho, Rosa Luxemburgo veía peligrar la revolución rusa de 1917 si el proletariado internacional no acudía en su ayuda. Ya antes, la pensadora socialista había visto en el movimiento nacionalista polaco una lucha de dimensiones mundiales (la liberación del proletariado) y no una oportunidad para proclamar la independencia de su país de origen.

¹⁰ Una acusación que contradecía las afirmaciones contenidas en el programa espartaquista donde se apuntaba que *La revolución proletaria no tiene ninguna necesidad del terror para*

masas frente a la burocracia del partido. Para el espartaquismo, la esencia de la revolución radicaba en la actuación en las calles, en la acción proletaria mediante la huelga política y, posteriormente, en su organización como órganos de clase mediante la figura de los Consejos de Obreros y Soldados (C.O.S.), destinados a eliminar los resortes del poder burgués e instaurar la verdadera democracia socialista. No obstante, la espontaneidad del movimiento en la calle (producto de una necesidad histórica a la cual había coadyuvado la labor de agitación y propaganda desarrollada por los órganos de difusión del espartaquismo) resultaba estéril si no era capaz de encauzarse la febril agitación popular hacia la consecución de la dictadura del proletariado, objetivo último de la lucha de clases.

El éxito de este corpus doctrinal venía representado por el objetivo a alcanzar con la lucha de clases: la instauración de una república socialista, desmantelando las estructuras económicas y políticas del viejo sistema imperial y garantizando una auténtica democracia en la que la masa trabajadora dejara de ser una masa gobernada y se dirigiera consciente y libremente en la vida política y económica. Y ello sólo podría lograrse mediante la creación de un cuadro político capaz de dirigir la acción desordenada de las masas y de contribuir a su formación ideológica (una cuestión desatendida ante el mito de la espontaneidad revolucionaria). Aunque en un principio se hubiera confiado en la capacidad de las masas

conseguir sus objetivos. Aborrece y rechaza el asesinato. No tiene necesidad de utilizar estos medios de lucha porque no combate contra individuos, sino contra instituciones (Badía, 1971, p. 338). No obstante, a pesar de su público rechazo a la Putschtaktik, eran también conocidas las exigencias de los espartaquistas de armar a los obreros o de constituir una Guardia Roja, como métodos para protegerse de la contrarrevolución.

ejerciendo directamente su poder sin intermediarios a través de los C.O.S. y del Comité Ejecutivo de los mismos, los hechos de noviembre de 1918 (el viraje de los levantamiento populares hacia posiciones socialdemócratas) hicieron desistir a los espartaquistas de esta ausencia directiva.

2.1. El camino hacia la revolución

Con estos principios, *Spartakusbund* (Liga Espartaquista) se presentaba oficialmente en 1916 como facción autónoma integrada en el SPD, aunque pronto pasaría a estarlo bajo el USPD, de quien también acabaría separándose en 1917. En el contexto de estos vaivenes de siglas, la auténtica prueba de fuego para la Liga se produciría el 16 de abril de 1917, cuando la huelga general convocada en Berlín bajo el lema “Pan, paz y libertad” logró reunir en la capital a más de 300.000 obreros y extender las movilizaciones, entre otras, a Leipzig, Hamburgo, Bremen, Nuremberg, Magdeburgo y Brunswick. Era la primera amenaza seria contra el edificio imperial, alentada, sin lugar a dudas, por los éxitos de la revolución rusa, cuyo ejemplo era necesario imitar en Alemania, a juicio de Espartaco. En estas demostraciones públicas se exponía el descontento de las clases trabajadoras, que exigían no sólo mejoras económicas (incremento de las raciones o aumento de los salarios), sino también políticas como la abolición de la censura, la instauración del sufragio universal, la firma de la paz sin anexiones y el decreto de amnistía para los presos políticos. A pesar de la abrumadora cantidad de participantes, el día 18 se había vuelto –casi– a la

normalidad en Berlín como consecuencia del esfuerzo de las fuerzas policiales del Reich y de las propias organizaciones sindicales existentes, poco influidas por el estilo de lucha bolchevique y decididas a enfrentar el papel de los delegados revolucionarios que se habían nombrado en la mayoría de fábricas.



[fig. 3: *Die Rote Fahne*, 25 de octubre de 1925. “Es hora de cambiar: vota a los comunistas”]

No obstante, el fracaso de la convocatoria no puede considerarse tal, si se tiene en cuenta que a partir de este momento se empezaban a dar los pasos necesarios hacia la revolución de noviembre de 1918. Así, por ejemplo, se creó el movimiento de los Consejos (el *Rätebewegung*), instancias instituidas por los propios huelguistas para dar cohesión a la dinámica revolucionaria y que, llegado el caso de un derrocamiento del emperador, ocuparía el vacío de poder político generado. Iniciado este proceso de descomposición del sistema imperial, el camino hacia las jornadas de

noviembre estuvo jalonado por todo tipo de incidentes que amplificaban la decepción civil ante la previsión de pasar otro duro invierno más en guerra por la negativa de Guillermo II a aceptar el final de la contienda. A la huelga de abril siguieron otras convocatorias; la más multitudinaria, la de finales de enero en el marco de las negociaciones de la paz con Rusia en Brest-Litovsk, momento en el cual se movilizaron unos 400.000 trabajadores berlineses para mostrar su desacuerdo hacia las condiciones planteadas por Alemania ante el poder bolchevique; las de julio y agosto en Silesia y Hamburgo, etc. Al unísono, en otras regiones se producían importantes levantamientos (el motín de las tropas navales en la ciudad de Kiel, que se negaron a acatar la orden del almirantazgo de abandonar puerto,¹¹ y cuyo ejemplo fue seguido en otras ciudades portuarias, además de recibir muestras de solidaridad del interior) en los cuales se clamaba públicamente por derrocar la dinastía (con la simbólica sustitución de los emblemas imperiales por la bandera roja, icono de la revolución), desvanecer los viejos partidos, destituir los vestigios feudales e iniciar el camino hacia la ansiada paz dentro de un régimen de libertades.

A partir de este momento, el ritmo de actuación fue trepidante, con los consejos revolucionarios extendiéndose por todo el territorio nacional a imitación de los soviets rusos, los obreros abandonando las fábricas y los espartaquistas sorprendidos por la

¹¹ Sin duda, lo sucedido en Kiel recuerda a otros episodios de insurrección naval ocurridos en meses anteriores, como el de las tropas del Mar del Norte bajo el mando de Delbrück (en el verano de 1917), pero la heterogeneidad de los marinos ahora sublevados y el grado de respaldo que en este caso recibieron, nos permite afirmar que nos encontramos en un momento más maduro de la revolución que el vivido en 1917, cuando las esperanzas de ganar la guerra todavía no se habían disipado, como sí había sucedido en estos primeros días de 1918.

magnitud popular de la protesta: Berlín estaba en poder de los revolucionarios sin que *Spartakusbund* hubiera dado una consigna precisa para esas jornadas de lucha. Según apunta Badía (1971), los sucesos de noviembre en la capital los sorprendieron en el transcurso de las negociaciones con los delegados revolucionarios elegidos en las fábricas para decidir cómo actuar (p. 197).

En esta vorágine popular, la abdicación de Guillermo II escenificó el hundimiento definitivo del que había sido uno de los Estados más poderosos del viejo continente. Al frente del mismo, tras la huida del emperador a Holanda, se había colocado ahora el príncipe Max von Baden quien, en un intento por desacelerar el curso de los acontecimientos, llamó a los mayoritarios para dirigir el Gobierno provisional. El nombramiento de Ebert como canciller y de Scheidemann como hombre fuerte de su gobierno (acompañados por los independientes), no hacían presagiar nada bueno a los espartaquistas, para quienes la revolución todavía no había comenzado. Para ellos, lo sucedido había sido un plausible —aunque desorganizado— levantamiento espontáneo, mediante el cual el pueblo sólo se libraba del yugo del emperador; para los mayoritarios, auspiciados por el poder, se había asistido ya al final de la revolución y apostaban por el reformismo y por una conquista tranquila del poder político. Como apunta Fröhlich (1976), “decididos a tomar el poder que la revolución de Noviembre les había arrebatado, eran contrarios a cualquier política socialista y a cualquier iniciativa de las masas de transformar la sociedad” (p. 372).

La prueba fehaciente de este viraje ideológico la encontramos en las medidas que se apresuraron a adoptar. La primera de ellas fue la delegación del poder en los Comisarios del Pueblo (tres mayoritarios y tres independientes) en detrimento del Comité Ejecutivo de los C.O.S., que ratificó el programa de reformas presentado por los Comisarios, satisfechos con las conquistas “revolucionarias” alcanzadas¹². Siguieron actuando en pro de la ralentización revolucionaria con el mantenimiento en sus puestos de todos los funcionarios y cargos de la antigua estructura, así como a través de su acuerdo con el Estado Mayor para poder disponer de una fuerza militar capaz de neutralizar los golpes revolucionarios procedentes de los radicales. Como contrapartida, los mayoritarios acelerarían el proceso hacia la constitución de una Asamblea Nacional al objeto de evitar el contagio revolucionario alentado por los espartaquistas.

Sin embargo, dentro de esta obra conciliadora, la más comprometedora de sus alianzas fue la alcanzada entre organizaciones sindicales y patronales bajo la denominada *Arbeitsgemeinschaft* (Comunidad de Trabajo), que aseguraba los intereses de la industria alemana y suavizaba la influencia bolchevique en los trabajadores, quienes gozaban de jornada de ocho horas sin reducción salarial y de comisiones de arbitraje encargadas de supervisar posibles incumplimientos patronales de los convenios colectivos que, ahora, reglamentaban sus condiciones de

¹² Curiosamente, los espartaquistas exigían más poder para los C.O.S., mientras estos parecían estar conformes con ceder su autoridad a los integrantes del Gobierno provisional.

trabajo¹³. Con esta medida, la lucha de clases desaparecía del horizonte de la socialdemocracia, asegurando, con ello, la tranquilidad de las clases burguesas que habían visto desestabilizada su estructura socio-económica con las huelgas, motines y demás algaradas en la capital. Al mismo tiempo, se facilitaba la integración del trabajador en la joven república, eliminando las consignas de la propaganda comunista que, a través de *Spartakusbund*, les lanzaba a la lucha contra quienes ahora respetaban sus jornadas y sus salarios.

Mientras el gobierno socialdemócrata comenzaba a marcar distancias con la revolución, ¿qué hacían los integrantes del movimiento espartaquista? En primer lugar, defenderse de la propaganda antirrevolucionaria impulsada desde el periódico *Vorwärts*¹⁴, órgano de la socialdemocracia en Berlín. La campaña de descrédito lanzada por los mayoritarios expresaba con meridiana convicción la necesidad que tenía el SPD de convertirse, en el seno de la República de Weimar, en la única opción socialista respetable

¹³ Para dar respuesta a la socialización de los medios de producción, el Gobierno nombró una Comisión de Socialización que, integrada por economistas, socialdemócratas e industriales se encargaría de garantizar la producción para recomponer la economía alemana tras varios años de guerra. Sin esperar mucho de dicho organismo, como sus propios componentes se apresuraron a señalar en el momento de su primera reunión, nada se hablaba en ella de expropiación, confiscación y redistribución de propiedades. Sí se mencionaba, no obstante, las indemnizaciones que deberían abonarse a los empresarios en caso de que pusieran sus empresas a disposición del Estado.

¹⁴ Surgido en 1876 como órgano central de la socialdemocracia bajo la dirección de Wilhem Liebknecht y Wilhem Hasenclever, desaparece en 1884 como consecuencia de la aplicación de las leyes antisocialistas, convirtiéndose en el *Berliner Volksblatt*. En 1890, aprovechando la estructura redaccional del *Berliner Volksblatt*, aparece nuevamente *Vorwärts* como periódico del SPD pero sin desatender el carácter de hoja local de servicios que había sido la edición del *Berliner Volksblatt*. Su máxima tirada la alcanzó en 1918, cuando llegó a casi 300.000 ejemplares (Asmuss, 1994, p. 62-63). Se puede completar con el artículo "Vorwärts: Zur Geschichte einer Parteizeitung". Disponible en <http://www.berlin.spd.de/servlet/PB/menu/1021564/index.html> [Consulta: 15 de marzo de 2008].

para los trabajadores, polarizando todo el odio hacia un único frente, el de los espartaquistas, a quienes se pretendía convertir en el monstruo que amenazaba la recién conquistada estabilidad nacional. De este modo, no extraña que los términos con los cuales se definía a sus antiguos compañeros eran los de “delincuentes”, “fieras”, “rojos traidores”, “devoradores de niños”, “violadores de mujeres”, etc. De hecho, Liebknecht, en su último artículo publicado, “Trotz alledem”, aparecido un día antes de su asesinato, retrataba esos ecos de odio que inundaban la ciudad:

Generalsturm auf Spartakus! „Nieder mit den Spartakisten!“ heult es durch die Gassen. „Packt sie, peitscht sie, stecht sie, schießt sie, spießt sie, trampelt sie nieder, reißt sie in Fetzen!“ Greuel werden verübt, die jene belgischen Greuel deutscher Truppen in den Schatten stellen. „Spartakus niedergerungen!“ jubiliert es von *Post* bis *Vorwärts*¹⁵.

Junto a estas duras palabras, si un calificativo se empleaba con frecuencia era el de “bolchevique”, resultado de la admiración que los espartaquistas profesaban por sus “hermanos” rusos. La desenfrenada propaganda antibolchevique/antiespartaquista inundó las páginas de la prensa oficial, también las esquinas de la ciudad con provocadores carteles en los que resonaban las tesis del complot

¹⁵ “Asalto general contra los Espartaquistas. Abajo los Espartaquistas, oímos gritar en las calles sombrías. Agarradlos, azotadlos, golpeadlos, fusiladlos, pasadlos por las armas, pisoteadlos, hacedlos pedazos. Se cometen atrocidades que superan las famosas barbaridades de las tropas alemanas en Bélgica. Del *Post* al *Vorwärts* sólo suena un grito de alegría: ‘Espartaco aplastado’”. Disponible en:

<http://www.marxists.org/deutsch/archiv/liebknecht/1919/01/trotz.htm> [Consulta: 17 de marzo de 2008].

rojo, de la traición espartaquista, y en los que se animaba, incluso, a matar a Liebknecht con la promesa de entregar 30.000 marcos de recompensa (Fröhlich, 1976, p. 386). Para Luxemburgo, a quien, como hemos mencionado, se le apodaba *Rosa la Roja* o *Rosa la Sanguinaria*, los responsables de este ejercicio difamatorio eran perfectamente identificables, así como sus fines:

Detrás de esos rumores, esas fantasías ridículas, esas aún más ridículas historias sobre bandidos y esas mentiras indecentes, se esconde algo muy serio; todo ello responde a una clara premeditación. La campaña de excitación está dirigida sistemáticamente. Todos estos rumores se forjan y son puestos en circulación con objetivos muy precisos. Lo que se pretende es crear un clima de pánico entre la pequeña burguesía con ayuda de esas historias, alterar la opinión pública e intimidar y desconcertar a los obreros y soldados. Se está tratando de crear un ambiente de *progrom* para apuñalar políticamente al movimiento espartaquista antes de que haya podido dar a conocer su política y sus objetivos a la masa (Fröhlich, 1976, pp. 261-262).

Con esta dura campaña sobre la opinión pública, el principal enemigo de la revolución de noviembre era, paradójicamente, Espartaco y sus líderes, quienes habían rehusado a participar en el Gobierno provisional. Lo que no se explicaba en las arengas socialdemócratas era que Liebknecht había rechazado la invitación

de los mayoritarios porque sus posibles socios de gobierno no estaban dispuestos a aceptar la política de socialización que el dirigente espartaquista exigía para su ingreso en el nuevo régimen (Badía, 1971, p. 198). La resuelta negativa de Espartaco a aceptar la parlamentarización de la antigua monarquía nacional y el restablecimiento de la grandeza económica alemana inundaba las páginas de la prensa mayoritaria, mientras sus líderes se afanaban por hacer llegar a las masas la idea de que era necesario continuar la lucha. De hecho, mientras Scheidemann proclamaba desde el Reichstag la República Alemana, Liebknecht, desde el palacio imperial, llamaba a obreros y soldados a construir una República Socialista.

Para lograr la continuidad de la revolución, la Liga sólo podía disponer de un aliado, la propaganda, porque su exclusión de la estructura de poder de la recién inaugurada República la alejaba, cada vez más, de unas masas que habían sucumbido a la psicosis alimentada desde la prensa oficial, donde se identificaba al bolchevismo con la dictadura, mientras que la democracia venía con la mano tendida hacia los trabajadores desde el nuevo gobierno. Junto a octavillas, panfletos y carteles, el periódico emergía como elemento capaz de agitar, organizar, educar (Taufic, 1986, p. 86) e inspirar un sentimiento crítico a la población que, adulada por las promesas de estabilidad, había abandonado las calles sin importar que se hubiera renunciado prontamente a la socialización del régimen. Liebknecht, Luxemburgo y sus compañeros estaban convencidos, como Lenin, de que sólo por medio de la propaganda se podría transformar la acción espontánea de las masas,

desencadenada el 9 de noviembre, en una lucha organizada de clase, en una lucha de partido por unos ideales políticos socialistas definidos:

Si no se asegura que un determinado periódico sea la expresión fiel de un partido, la creación de ese partido se reduciría en gran medida a palabras y nada más. La lucha económica, si no está unificada en un órgano de prensa central, no puede transformarse en lucha de clases de todo el proletariado ruso. [...] La organización de las fuerzas revolucionarias, su disciplina y el desarrollo de la técnica revolucionaria son imposibles sin la discusión de todos estos problemas en un órgano central (“Nuestra tarea inmediata”, Lenin, 1976, p. 11).

Como ha apuntado Konrad Dussel (2004), los espartaquistas seguían en este punto las indicaciones del dirigente revolucionario ruso, para quien el partido debía disponer de dos importantes centros: el comité del partido y el correspondiente órgano de difusión. El primero se encargaría de tener bajo su poder el ejercicio de la praxis; el segundo, en cambio, debía ser su guía ideológica:

[...] sollte die theoretischen Wahrheiten, die taktischen Leitsätze, die allgemeinen organisatorischen Ideen, die allgemeinen Aufgaben der Gesamtpartei in diesem oder jenem Augenblick entwickeln (p. 138)¹⁶.

¹⁶ [...] debe desarrollar en todo momento las verdades teóricas, los principios tácticos, la totalidad de las ideas rectoras y las tareas de todo el partido.

Trasladándonos desde el terreno de la teoría al de la práctica, su importancia era aún mayor si se tenía en cuenta que la fuerza real del movimiento era bastante exigua. Cuantificada en militantes, en 1918 por cada 2 militantes espartaquistas había en Berlín 7 mayoritarios. La capacidad organizativa de sus cuadros directivos, enzarzados en interminables discusiones sobre el grado de centralismo que debía adoptar la formación, mermaba también su influencia entre la población, a lo cual además contribuían las numerosas votaciones perdidas en los congresos internos, la ardua cooperación con los delegados revolucionarios y las numerosas detenciones que sufrieron de forma continuada sus dirigentes. Frente a ello, Espartaco oponía una propaganda cuantitativa y cualitativamente superior a la realizada por el resto de formaciones. En este sentido, Badía (1971) apunta la elevada cifra de 25.000 marcos mensuales gastados por los espartaquistas en labores de propaganda, así como el hecho de que a principios de 1918 eran los únicos que disponían de un aparato técnico bien desarrollado, capaz de imprimir miles de octavillas y panfletos en un tiempo mínimo (289-291). Y ello, a pesar de las dificultades para el ejercicio del periodismo durante el conflicto bélico¹⁷ y durante el transcurso de los

¹⁷ El estallido de la guerra en 1914 ocasionó un serio retardo en el desarrollo periodístico que había experimentado la prensa durante todo el II Reich. Cuantitativamente, la oferta de títulos en ese año había descendido en casi mil y muchos de los periódicos que sobrevivieron tenían que conformarse con hacer su aparición en el panorama mediático una sola vez a la semana. Las razones para este descenso afectaban a todos por igual, fueran grandes cabeceras o pequeños rotativos provinciales: la disminución de los anuncios comerciales insertos en los diarios, la creciente escasez de personal cualificado como consecuencia de la instrucción militar, el encarecimiento de los costes de producción, en especial el precio del papel, cuyo abastecimiento, como apunta Teichler (2002, p. 173), había descendido en julio de 1917 a la mitad de las cifras de 1914, así como serios problemas técnicos derivados del deficitario estado de abastecimiento en el cual se encontraba Alemania. Y ello sin mencionar la férrea censura militar ejercida a partir de julio de 1914, mediante la cual se había condenado al silencio toda publicación antitética en su ideario a la política belicista del káiser.

propios acontecimientos revolucionarios, cuando las redacciones de los diarios se convirtieron sin distinción en el blanco predilecto de la acción de los huelguistas (el *Vorwärts* fue tomado en varias ocasiones por los manifestantes) y las fuerzas contrarrevolucionarias (que concentraron su actuación en *Die Rote Fahne*, el órgano central de los espartaquistas).

3. la prensa espartaquista

¿Cómo reforzar la conciencia de las masas, primero, en 1914, para que se opusieran a la guerra y después, en 1918, para que continuaran con la revolución inconclusa de noviembre al objeto de construir un Estado obrero? La única respuesta posible a este interrogante venía dada por la confianza depositada desde el espartaquismo en la actividad propagandística y en las labores de agitación que eran capaces de asumir los diferentes tipos de impresos que salían de las rotativas de este grupo. El camino hacia la consecución de un órgano central de la *Spartakusbund* no debe hacernos olvidar la importante labor periodística que desde fechas muy tempranas había venido desarrollando el grupo.

3.1. los primeros títulos

En 1913, Rosa Luxemburgo, Franz Mehring y Julian Marchlewski (Karski) habían fundado el boletín *Sozialdemokratische Korrespondenz*. Aparecía tres veces por semana y se imprimían unos 150 ejemplares. De contenido fundamentalmente político, el boletín era empleado por distintos periódicos vinculados ideológicamente a la socialdemocracia. No obstante, tras la censura decretada por el estallido de la guerra (amén de las discrepancias ideológicas), fueron numerosos los títulos cercanos a los mayoritarios que dejaron de emplearlo para nutrirse de artículos. Los únicos rotativos que continuaron sirviéndose del mismo fueron aquellos editados en ciudades donde los espartaquistas habían conseguido imponer con



[fig. 4: *Die Rote Fahne*, 7 de noviembre de 1925. Este ejemplar no lleva título en la portada]

fuerza sus planteamientos y la socialdemocracia ocupaba el lugar de la oposición. Este es el caso de *Schwäbischer Tagewacht* de Stuttgart, centro neurálgico de la actividad de Clara Zetkin, *Volksfreund* de Brunswick, ciudad que junto con Stuttgart fue de las primeras localidades donde se produjeron movilizaciones en el mes de noviembre, *Ghotaer Volksblatt* de Gotha, donde se produjo la separación de independientes y espartaquistas del SPD, *Bürger-Zeitung* de Bremen, donde dominaban las “izquierdas internacionalistas” (que a partir de junio de 1916 publicarían también *Arbeiterpolitik*), y *Der Kampf* de Düsseldorf.

Desaparecido a finales de 1915 el *Sozialdemokratische Korrespondenz*, abandonado, incluso, por sus más fieles seguidores (salvo por el *Bürger-Zeitung*), la siguiente experiencia periodística vendría representada por la creación de *Die Internationale*, “Revista mensual para la práctica y la teoría marxista”. Resultado del reconocimiento, en la reunión celebrada el 5 de marzo de 1915 en Stuttgart, de la necesidad de mantenerse en comunicación con otros miembros socialistas, y de dar a conocer sus bases teóricas, *Die Internationale* tendría una efímera existencia, un solo número. A pesar de contar con el apoyo económico y técnico del *Volkszeitung* de Düsseldorf y de exponer en sus páginas artículos de las más destacadas firmas del Espartaquismo, salvo la de Liebknecht¹⁸, la rápida respuesta de los mayoritarios, que calificaban la revista de

¹⁸ Contenia un artículo de Rosa Luxemburgo sobre la Internacional, donde la pensadora socialista se oponía a las tesis de Kautski sobre la conveniencia de que la fraternidad mundial de proletarios se considerara “suspendida” en el transcurso de las guerras. Se incluía, también, uno de Clara Zetkin llamando a la lucha por la paz; y otro de Julian Marchlewski titulado “¿Quién sufraga la guerra?” (Badía, 1971, p. 63).

claro ejemplo de indisciplina y de intento por desacreditar al partido como consecuencia de las votaciones del 4 de agosto, alertaron a las autoridades militares. Éstas accedieron a que la revista se siguiera publicando siempre y cuando se sometiera a su censura, petición que Mehring rechazó frontalmente desde la dirección de *Die Internationale*.

Ante la progresiva desaparición de sus periódicos, los espartaquistas no tuvieron más remedio que servirse de la prensa extranjera para dar a conocer sus convicciones ideológicas sobre la guerra y la revolución, así como para demostrarle a la socialdemocracia que, a pesar de la condena ejercida contra los espartaquistas en muchos de los títulos afines a los mayoritarios (no sólo *Vorwärts*, sino también *Volkswacht* de Bielefeld, *Volkszeitung* de Altenburg, *Hamburger Echo* de Hamburgo, o *Volksstimme* de Chemnitz) y de la “excomuni3n” escenificada en las conferencias y congresos del SPD, *Spartakusbund* no estaba dispuesta a renunciar a sus ideales. De este modo, *Het Volk* (Holanda), *L’Humanité* (Francia), y *Berner Tagewacht* (Suiza), entre otros, acogieron en sus tribunas los temas prohibidos durante el período bélico en Alemania (Badía, 1971, p. 35).

Junto a esta temprana utilizaci3n que hicieron de la prensa, importantes fueron, tambi3n, los numerosos folletos, proclamas, manifiestos, octavillas, etc., que circulaban por las calles de las principales ciudades alemanas sin que las autoridades pudieran hacer nada para evitar su distribuci3n en los focos de concentraci3n obrera. Para tratar de dar unidad ideol3gica a todos estos impresos (algunos de los m3s famosos fueron “La socialdemocracia alemana

está a favor de la guerra”, “Paz en la tierra”, “La mayoría dice, la minoría dice”, “Para cada uno el principal enemigo está en su propio país”, “¿Qué es lo que quiere Espartaco?”), la Liga procedía a editar, en enero de 1916, sus *Cartas Políticas*, que en el mes de septiembre cambiarían su cabecera por el de *Cartas de Espartaco*, con la siguiente presentación: “Queridos camaradas, os rogamos, para vuestra información personal, que toméis conciencia del contenido de las informaciones que siguen. Saludos socialistas. Espartaco”. Fröhlich (1976) advierte que “las *Cartas* dejaron de ser la hoja informativa de un grupo político y se convirtieron en una revista que analizaba e iluminaba el acontecer mundial” (p. 324).

Hasta mayo de 1917 la publicación consiguió mantener una periodicidad mensual ofreciendo a sus lectores artículos doctrinales sobre su oposición a la guerra, la revolución rusa, los continuos juicios contra Liebknecht, etc., al tiempo que no se desaprovechaba la oportunidad de llamar al proletariado alemán para que se hiciera cargo de su responsabilidad histórica: la lucha de clases frente al capitalismo para la instauración de un Estado socialista. Después de mayo del 17, las *Cartas de Espartaco* empezaron a aparecer con más irregularidad en la escena periodística, aunque se trataba de compensar esta falta de información con la distribución de todo tipo de impresos que no hicieran olvidar el objetivo de Espartaco.

Debía mantenerse esta continuidad porque la prensa, en estrecha dependencia de la dirección de *Spartakusbund*, era la única herramienta para mantener la unidad ideológica del movimiento, dada la dispersión del mismo y su carácter descentralizado. Era, además, el canal más directo para dirigirse a las masas, para

revelarles la verdad (y las mentiras de la socialdemocracia) y para indicarles cómo actuar. A la vista de estos apuntes, es meridiana la trascendencia que los espartaquistas daban a la actividad propagandística, como han reconocido diversos autores; Röpenack (2002), por ejemplo, para quien la prensa espartaquista debe incluirse en la categoría de *Kampfpresse*, es decir, prensa cuyo objetivo fundamental es agitar a las masas (p. 7); o Knilli (1974), quien concibe los títulos adheridos al espartaquismo como *kollektiver Agitator, Propagandist und kollektiver Organisator* (p. 356). Sobre todo tras el bochornoso espectáculo del *Vorwärts*, en octubre de 1916, cuando la dirección del SPD accedió a cambiar, bajo presión de las autoridades militares, a algunos de sus redactores al objeto de acomodarlos a las tesis imperialistas. Esta purga entre las filas socialdemócratas fue vista como una burla al socialismo por parte de los espartaquistas, quienes animaron a boicotear al *Vorwärts* y, lo que más nos interesa, apuntaron la necesidad de fundar un nuevo periódico que los trabajadores, en consonancia con sus ideales, sintieran como suyo. A pesar de que esta petición sería denegada por los sectores centristas en la Asamblea General celebrada en octubre de 1916, la idea de fundar un periódico propio no será abandonada, aunque tuvieron que esperar más de dos años para poder ver concretado su proyecto de disponer de un órgano plenamente adscrito al espartaquismo.

3.2. la aparición de *Die Rote Fahne*

Berlín, 9 de noviembre de 1918. En el calor de los acontecimientos revolucionarios, un camión de militares, sobre el que

ondea una bandera roja, se dirige a la sede del *Berliner Lokal Anzeiger*, la primera hoja de anuncios gratuita publicada en la ciudad, que contaba con una tirada de 150.000 ejemplares. Dirigidos por Hermann Duncker y Ernst Meyer (un antiguo redactor del *Vorwärts*), la intención de estos hombres era utilizar las máquinas del *Berliner* para editar un periódico que, con el simbólico nombre de *Die Rote Fahne*, se encargaría de organizar la propaganda revolucionaria ante las masas. Propiedad del magnate Alfred Hugenberg, quien en 1916 había comprado la Scherl-Verlag, editora del periódico, el *Berliner* era uno de los títulos más importantes de la ciudad, *nacionalista y fiel al káiser*, según lo define Fröhlich (1976, p. 375). Para Brauneck (1973), el *Lokal Anzeiger*:

[...] galt als eines der reaktionärsten Berliner Blätter, das seit Jahren gegen die Arbeiterbewegung und die Politik der sozialistischen Parteien agitiert hatte [...] (p. 10)¹⁹.

Dado lo avanzado de la hora a su llegada al número 35 de la Zimmerstrasse, donde tenía su sede el *Berliner*, sólo pudieron cambiar la primera página en la que aparecía el vistoso llamamiento de “Berlin unter der roten Fahne” (“Berlín bajo la bandera roja”); el resto del periódico se mantuvo. A pesar de lo limitado de su presentación, los objetivos del órgano espartaquista estaban bien definidos, en opinión de Brauneck (1973), para quien el periódico tenía como meta la propagación de la política de *Spartakusbund*, la organización y formación de las masas, y la creación de un foro

¹⁹ [...] era considerado en Berlín uno de los títulos más reaccionarios, el cual desde hacía varios años había combatido el movimiento obrero y la política de los partidos socialistas [...].

público en el que los trabajadores pudieran compartir sus intereses. En definitiva, el firme compromiso de extender el pensamiento revolucionario frente a la progresiva consolidación de la república burguesa, donde el juego democrático paralizaba la lucha de clases y frenaba las aspiraciones de la izquierda. Como ha sintetizado el autor:

Dieser Aspekt rückte immer mehr auch in den Vordergrund der Reflexionen der marxistischen Theoretiker über die kommunikative Struktur und die soziale Funktion der publizistischen Medien und der kulturellen Institutionen (p. 13)²⁰.

No obstante, las reiteradas quejas de los trabajadores del *Lokal Anzeiger*, quienes mostraban su lealtad al antiguo propietario del periódico y a los principios que lo habían inspirado, impidieron que el día 10 de noviembre se imprimiera el segundo número de *Die Rote Fahne* en las instalaciones del *Berliner*. La solidaridad de los trabajadores en la redacción hacia los principios espartaquistas era inexistente y sus peticiones iban dirigidas al recién nombrado canciller Ebert para que asegurara la libertad de expresión y el derecho a la propiedad privada, permitiendo nuevamente la salida del *Berliner Lokal Anzeiger*. Mientras se solucionaba esta solicitud, el día 11 tampoco salía a la calle el periódico espartaquista. La respuesta de los Comisarios del Pueblo ante la “invasión”

²⁰ Este aspecto hace referencia cada vez con más insistencia al fondo de las reflexiones marxistas sobre la estructura comunicativa y la función social de los medios de comunicación y de las industrias culturales.

protagonizada por los espartaquistas no se hizo esperar, refrendando las peticiones de los empleados en la redacción y en las rotativas de la hoja de anuncios. De este modo, el 12 de noviembre, el programa de gobierno incluía un apartado en el cual se garantizaba la libertad de expresión (oral y escrita) y la abolición de la censura, libertades a las cuales se añadía, no obstante, la necesidad de garantizar la propiedad privada y la integridad de las personas. Como se puede intuir, este aditamento iba dirigido personalmente a los espartaquistas, quienes habían animado a obreros y soldados a ocupar las redacciones de los periódicos contrarios a su causa para reconvertirlos en órganos puramente socialistas (Dussel, 2004, p. 121). Con esta protección gubernamental, los trabajadores del *Lokal Anzeiger* se negaron a seguir colaborando con la causa espartaquista.

Mientras esta resolución del gobierno provisional obstaculizaba la edición de *Die Rote Fahne*, Rosa Luxemburgo había llegado a Berlín, tras ser liberada de la prisión de Breslau, para hacerse cargo del periódico. La experiencia periodística de la dirigente espartaquista había sido dilatada antes de llegar a la capital. Según Fröhlich (1976), Rosa había sido la cabeza intelectual del *Sprawa Robotnicza*, órgano del Partido Socialista Polaco fundado en 1893 y editado en París hasta 1896 (p. 47). También había publicado varios artículos sobre la cuestión polaca en *Die Neue Zeit*, en el *Sächsischer Arbeiterzeitung* y en el *Vorwärts*, todos ellos órganos socialdemócratas. Sin embargo, Rosa no dejaba pasar por alto, en todas estas colaboraciones, profundas reflexiones sobre la idoneidad del periodismo en la consecución de los objetivos de los

trabajadores y le preocupaba que el formalismo de la prensa del partido representara un grave impedimento para llegar a las masas:

¿Sabéis lo que ahora me preocupa? No estoy nada satisfecha con la forma en la que se escriben en el Partido la mayoría de los artículos. Todo es tan convencional, tan acartonado, tan rutinario. [...] Creo que cada vez, cada día, en cada artículo hay que sentir y revisar la causa, entonces surgirán con facilidad palabras frescas, palabras salidas del corazón para la vieja causa (en Fröhlich, 1976, p. 75).



[fig. 5: Die Rote Fahne, 20 de febrero de 1925. “Expulsa a los parásitos: vota a los comunistas”]

Sin desatender estas observaciones, Rosa Luxemburgo asumía en 1898 la dirección del *Sächsischer Arbeiterzeitung*, dirigido hasta la fecha por el socialdemócrata Alexander Parvus. La radicalización que la pensadora espartaquista decidió imprimir al *Sächsischer* provocó un duro enfrentamiento con el *Vorwärts* y el posterior abandono de Rosa cuando el partido la obligó a someterse a la censura. A partir de este momento, sus contactos con el

periodismo se limitaron a críticas colaboraciones en el *Wirtschaftliche und Sozialpolitische Rundschau*, en el *Neu Zeit* y en el *Leipziger Volkszeitung*, órganos en los que los escritos de Rosa provocaron profundas desavenencias en el seno del partido, como sucedió, por ejemplo, con el texto titulado “¿Reforma social o revolución?”, en el que se oponía a las tesis revisionistas de Bernstein, quien apostaba por un democracia socialista de reformas. A pesar de su radicalismo, en 1899 se le ofreció un puesto en la redacción de *Vorwärts*, ofrecimiento que rechazó por desavenencias con algunos dirigentes del SPD. En 1901, tras la muerte de Bruno Schoenlank, fundador y director del *Leipziger Volkszeitung*, se le encomendaría a Luxemburgo la dirección, suceso que hizo reaccionar a la prensa burguesa y a los propios títulos socialistas, porque ambos desconfiaban de ofrecer a una pensadora tan radical las mismas atribuciones que había tenido Schoenlank, a quien muchos habían señalado como un reformador de la prensa socialista.

Con este bagaje, Luxemburgo llegaba a Berlín dispuesta a asumir la dirección, junto con Liebknecht, de *Die Rote Fahne*. Pero tendrían que esperar siete días para volver a ver el periódico en la calle: el número 3 aparecía el 18 de noviembre ya como órgano de *Spartakusbund* y costaba 10 peniques (Teichler, 2002, p. 174). A pesar de las dificultades técnicas (restricciones en el suministro de papel²¹), de personal (no se contaba con periodistas experimentados en la ciudad, por lo que se llamó a Thalheimer y Zetkin para que aportaran al periódico su destreza como periodistas, a quienes se

²¹ Mientras que *Vorwärts* aparecía diariamente con 16 páginas, *Die Rote Fahne* sólo publicaba cuatro (Brauneck, 1973, p. 15).

sumaron Paul Lange y Paul Levi), y de las continuas ocupaciones de la redacción por parte de las fuerzas militares²², Luxemburgo se vanagloriaba en una carta a su amiga Clara Zetkin de que *Die Rote Fahne* era el único diario socialista en Berlín (Brauneck, 1973, p. 41).

En consonancia con su consideración del periódico como organizador colectivo, *Spartakusbund* se apresuró a publicar su programa revolucionario en el ejemplar del 18 de noviembre. En él se solicitaba lo siguiente:

1. Derrocamiento de la hegemonía capitalista a la que conducía el Gobierno provisional de mayoritarios e independientes.
2. Realización del orden socialista para delegar todo el poder en la masa trabajadora organizada en los consejos revolucionarios.
3. Convocatoria de un Congreso Internacional de los Consejos de Trabajadores para ratificar la inspiración socialista e internacional de la revolución.
4. Llamada a la organización de los proletarios rurales, los grandes olvidados en la revolución de noviembre.
5. Formación de una Guardia Roja.
6. Confiscación de bienes de la Corona y expropiación de los latifundios.

²² El 6, 7 y 13 de diciembre los soldados ocuparon la redacción de *Die Rote Fahne* y trataron de arrestar a Liebknecht y Luxemburgo. El 9 de enero, nuevamente fue ocupada la sede del periódico y el 16 fue cerrada hasta el 3 de febrero, una vez controlados los sucesos de la Semana Sangrienta que acabaron la muerte de Liebknecht y Luxemburgo.

Como se puede intuir, los contenidos políticos eran mayoritarios en un órgano de estas características y podían llegar a ocupar tres de las cuatro páginas de *Die Rote Fahne*. Los artículos doctrinales de Luxemburgo, Liebknecht, Levi, Zetkin, Mehring, etc., copaban casi la totalidad de la extensión del periódico, dejando poco espacio para otro tipo de noticias, en las cuales se disolviera ese agresivo estilo característico de la publicación. Así lo ha apuntado Röpenack, para quien el diario espartaquista mostraba una creciente tendencia a la agresividad y la polémica, sustentada sobre la emoción y la razón, para extender entre trabajadores y obreros la idea de que la revolución debía conducir a la desaparición del asalariado y la instauración de una economía socialista. O se seguía adelante o triunfaba la contrarrevolución.

Al calor de estas actuaciones, los espartaquistas preconizaban una inmediata derrota de la revolución si los trabajadores no asumían su papel, como apuntaban Liebknecht y Luxemburgo en dos textos publicados en *Die Rote Fahne* el 21 de noviembre y el 21 de diciembre, respectivamente:

La victoria de las masas de obreros y de soldados se debe menos a su fuerza ofensiva que al hundimiento interno del sistema anterior; la forma política de la revolución no ha sido sólo el resultado de la acción proletaria, sino también de la fuga de las clases dominantes que con un suspiro de alivio dejaban al proletariado encargado de liquidar su bancarrota, esperando evitar la revolución social, cuyos primeros síntomas y señales les hacen sudar angustia (en Badía, 1971, p. 208).

Aquí no solamente se manifiestan las deficiencias generales de la primera e inmadura fase de la revolución, sino también las especiales dificultades de esta revolución proletaria y la peculiaridad de su situación histórica. En todas las revoluciones anteriores los contendientes luchaban abiertamente, clase contra clase, programa contra programa, escudo contra escudo. Pero en la revolución actual los paladines del antiguo orden no se presentan bajo el escudo y el estandarte de las clases dominantes, sino bajo la bandera de 'un partido socialdemócrata'. Si la pregunta crucial de la revolución se plantease abiertamente, capitalismo o revolución, sería imposible la menor duda o la más leve vacilación de la gran masa del proletariado (en Fröhlich, 1976, p. 392)

También Paul Lage dudaba del compromiso de la población y del Gobierno para realizar las obras de socialización económica demandadas, como publicaba el 21 de noviembre en *Die Rote Fahne*, al analizar la obra de la Comunidad de Trabajo y de la Comisión para la Socialización:

Es clarísimo que la Revolución no se realiza con simples transformaciones democráticas: su objetivo real es la socialización de los medios de producción, es decir, que debería liberar a los obreros de su condición de asalariados explotados. Es frente a esta perspectiva que los patronos y la burocracia sindical se pusieron de acuerdo y se abrazaron unos a otros (en Badía, 1971, p. 228).

El desencanto de los integrantes de la Liga exhibido en estos textos iba en aumento al comprobar que la actitud de las masas haría fracasar los objetivos de las febriles jornadas de noviembre. El triunfo en estas agitadas jornadas se había debido mayoritariamente al hundimiento del sistema imperialista de Guillermo II, y no a la construcción de nuevos valores sobre los que sustentar la joven República weimariana. Díez-Espinosa (1996) apunta al respecto “el civismo de las clases trabajadoras hacia los pilares del antiguo régimen” (p. 56); toda una victoria para el SPD, que se alegraba de que los revolucionarios hubieran sido tan generosos con las fuerzas del anterior estado de cosas.

La decepción se consumaba, también, porque las estrategias esgrimidas contra la revolución partían de la iniciativa de los mayoritarios, con el consentimiento de los independientes, partido al que se habían adscrito Liebknecht, Luxemburgo y los suyos en 1917 y del que ahora se separaban para constituir, no sin pocas tribulaciones, el *Kommunistische Partei Deutschland* (KPD). La llamada a los militantes del USPD a corregir su actuación tras su integración en las instituciones de la República de Weimar no surtió el efecto deseado y ante la convocatoria de un congreso para tratar de buscar una solución —al que los independientes no acudieron apuntando las dificultades de trasladar a sus comisarios—, los espartaquistas se mostraron dispuestos, por fin, a crear su propio partido; una decisión que habían estado evitando desde 1914 por la carencia de cuadros directivos sólidos y por la ausencia de una

estructura estable que les permitiera llegar a las masas. En diciembre de 1918, atentos al giro hacia posiciones conservadoras de la revolución, y con el apoyo del grupo de las izquierdas de Bremen y de los comunistas internacionalistas, (IKD, bajo la dirección de Julian Borchardt, responsable del movimiento socialista *Lichtstrahlen*) nació el KPD.

Si el objetivo de extender la obra de la revolución era el primero de los principios del recién nacido Partido Comunista, el problema se planteaba a la hora de decidir cuál era la estrategia más apropiada para lograr dicha meta. Liebknecht y Luxemburgo, quienes fueron elegidos dirigentes de la formación, apostaban por continuar el sistema de consejos, que había quedado en un plano muy secundario con la elección de los Comisarios del Pueblo en el gobierno provisional. Era éste un medio para minar el poder del Estado; el siguiente, estar presentes como fuerza política en la convocatoria de Asamblea Nacional Constituyente, aprovechando así la institución democrática para difundir el programa comunista. Dos propuestas bien recibidas sólo entre la dirección del partido, puesto que el resto de la formación mostraba su desconfianza hacia estas dos medidas expuestas por Liebknecht y Luxemburgo en el Congreso fundacional del partido. Se enfrentaban dos concepciones de la lucha revolucionaria: el parlamentarismo y el sindicalismo frente al antiparlamentarismo y el antisindicalismo. La primera era la abanderada por los cuadros dirigentes; la segunda, por la oposición mayoritaria. Las votaciones decantaron la balanza del lado de los mayoritarios y el KPD se declaró antiparlamentario, a pesar de las críticas de Liebknecht y de Luxemburgo.



[fig. 6: *Die Rote Fahne*, 20 de diciembre de 1925. "1905-1925"]

El acuerdo había sido alcanzado pocos días antes de los sucesos de enero de 1919, cuando se produce en la capital una nueva oportunidad, en opinión de los espartaquistas, de consumir la revolución de noviembre, aunque Liebknecht y Luxemburgo desconfiaban del éxito de la misma por la inmadurez de las masas. La posibilidad de gestar una verdadera república socialista va a venir provocada por la convocatoria de una nueva huelga ante la noticia de que el jefe de policía de Berlín, el independiente Emil Eichhorn, había sido destituido de su cargo por el ministro socialdemócrata Gustav Noske. A pesar de su filiación al USPD, Eichhorn contaba con el beneplácito de las fuerzas espartaquistas, quienes habían advertido con agrado la conciliadora actitud del prefecto de policía hacia los trabajadores y sus dirigentes. Por ello, desde las filas del KPD este acto de fuerza por parte de Noske,

hombre de confianza de Ebert, fue entendido como una provocación a los espartaquistas, quienes hicieron desde *Die Rote Fahne* continuos llamamientos a la población para que saliera a las calles y pusiera en peligro la tranquilidad de las instituciones republicanas.



[fig. 7: *Die Rote Fahne*, 18 de noviembre de 1928. “Diez años al servicio de la revolución” (Número especial)]



[fig. 8: *Die Rote Fahne*, 15 de enero de 1933. “Continuemos su obra hacia la libertad”]

La confianza de Liebknecht y Luxemburgo se vio pronto superada por la cruenta respuesta de las fuerzas militares que Noske se había encargado de ir reagrupando en la periferia de la ciudad desde que empezaron a circular las noticias sobre la creación del KPD. El 8 de enero se iniciaban las acciones represivas en la ciudad, mientras los integrantes de Espartaco continuaban desarrollando sus labores de agitación en *Die Rote Fahne*²³, negándose en todo momento a abandonar la ciudad, a pesar de que las amenazas que se cernían sobre la Liga se había cobrado ya varias víctimas (la de los trabajadores que ocuparon en enero la sede del *Vorwärts*, quienes fueron asesinados, o la detención de Jogiches tras la destrucción del edificio del KPD en la Friedrichstrasse). El terror blanco dirigido por los *Freikorps* (milicias paranacionales) de Noske no había paralizado la actividad del órgano del partido, a pesar de que el día 9 su imprenta caía en manos de los contrarrevolucionarios y de que la redacción, como publicaba el ejemplar del día 15 de enero:

Unsere Redaktionsräume sind militärisch besetzt und abgesperrt. Alles Material wurde vernichtet. Die Redakteure sind verhaftet, teils durch Spitzel von der Regierung von Ort zu Ort gehetzt. Unsere Expeditionsapparat ist lahmgelegt. Die Zeitungsredakteure und –verkäufer werden geschlagen und verfolgt (en Brauneck, 1973, p. 17)²⁴.

²³ Leo Jogiches aconsejó a Liebknecht y Luxemburgo que abandonaran Berlín y se refugiaran en Frankfurt am Main, donde podrían estar a salvo de la cruzada antirrevolucionaria.

²⁴ *Nuestra redacción ha sido ocupada militarmente, Todo el material ha sido destruido. Nuestros redactores han sido detenidos como consecuencia de las confidencias de los espías. Nuestro*

En este mismo ejemplar, Liebknecht y Luxemburgo publicaban, sin saberlo, su testamento ideológico. El primero de ellos exhortaba a continuar la lucha a pesar de todo (de ahí el título del artículo, "Trotz alledem"): a pesar de la represión gubernamental, a pesar de la campaña difamatoria contra los espartaquistas, quienes reclamaban la confianza de las masas que nuevamente se habían levantado contra un régimen escaso en sus aspiraciones socialistas, recurriendo en sus apelaciones a un emotivo discurso plagado de metáforas bíblicas:

Noch ist der Golgathaweg der deutschen Arbeiterklasse nicht beendet aber der Tag der Erlösung naht. Der Tag des Gerichts für die Ebert-Scheidemann-Noske und für die kapitalistischen Machthaber, die sich noch heute hinter ihnen verstecken. Himmelhoch schlagen die Wogen der Ereignisse wir sind es gewohnt, vom Gipfel in die Tiefe geschleudert zu werden. *Aber unser Schiff zieht seinen geraden Kurs fest und stolz dahin bis zum Ziel.* Und ob wir dann noch leben werden, wenn es erreicht wird leben wird unser Programm; es wird die Welt der erlösten Menschheit beherrschen. Trotz alledem!²⁵.

aparato político ha sido paralizado. Nuestros redactores y nuestros lectores han sido atacados y perseguidos.

²⁵ *Todavía no ha llegado el final del camino hacia el Gólgota del movimiento obrero, pero el día de su liberación se aproxima. Se acerca el día del juicio para el gobierno de Ebert y Scheidemann y para los poderes capitalistas que tras ellos se ocultan. En el cielo se agitan los sucesos que hemos vivido, pero nuestra nave dibuja su curso firme hacia la meta. Y si estamos vivos para presenciarlo podremos ver cumplido nuestro programa: el mundo será dominado por hombres libres, a pesar de todo.*

Disponible en: <http://www.marxists.org/deutsch/archiv/liebknecht/1919/01/trotz.htm>
[Consulta: 17 de marzo de 2008].

El documento de Luxemburgo era, sin embargo, más realista: “Die Ordnung herrscht in Berlin”, el orden reina en Berlín después de las jornadas revolucionarias, después de los sangrientos sucesos registrados a partir del 8 de enero en un intento de decapitar al movimiento revolucionario que debía consumir la obra de noviembre.

Ordnung herrscht in Berlin! verkündet triumphierend die bürgerliche Presse, verkünden Ebert und Noske, verkünden die Offiziere der siegreichen Truppen, denen der Berliner kleinbürgerliche Mob in den Straßen mit Tüchern winkt, mit Hurra zujubelt. [...] (en Lucas-Busemann, 1990)²⁶.

El SPD había alcanzado su objetivo: la democracia era el nuevo horizonte de la sociedad alemana; de esa misma sociedad que en 1918, sustentada sobre el movimiento espartaquista, había exigido una República Socialista Alemana. Espartaco, privado ahora de la dirección de Liebknecht y Luxemburgo, silenciado durante varias semanas y sometido a un férreo control estatal su órgano de expresión, “*Die Rote Fahne*, antorcha, fusta y señal de alarma, a la vez” de la revolución (Fröhlich, 1976, p. 376), estaba fuertemente debilitado para continuar por los mismos métodos la lucha implacable contra el capitalismo. Espartaco había caído en pleno combate por la inacción de las masas, en las que ellos habían depositado toda esperanza, y por la represión de quienes habían sido sus compañeros de viaje desde 1914, la socialdemocracia

²⁶ ¡El orden prevalece en Berlín! Ha anunciado triunfante la prensa burguesa, anuncian Ebert y Noske, anuncian los oficiales de las tropas victoriosas, a quienes el ciudadano de Berlín agradece con pañuelos en la mano y con gritos de júbilo.

mayoritaria. Tildados de utópicos, de agitadores incapaces de llevar a la práctica su programa de acción, comenzaba para la Liga en febrero de 1919 un nuevo período en el cual, tras demostrar la traición que habían sufrido por el gobierno de la República de Weimar (el asesinato de sus dirigentes era la prueba más fehaciente), Espartaco cambiaba su método de acción para, aliado con el ala izquierda del USPD y convertido en un partido mayoritario, integrarse en las instancias políticas y sindicales creadas por la burguesía para restituir en Alemania la situación revolucionaria.

4. Bibliografía

- Asmuss, B. (1994). *Republik ohne Chance. Akzeptanz und Legitimation der Weimarer Republik in der deutschen Tagespresse zwischen 1918 und 1923*. Berlín: Walter de Gruyter.
- Badía, G. (1971). *Los Espartaquistas*. Barcelona: Editorial Mateu.
- Brauneck, M. (ed.) (1973). *Die Rote Fahne. Kritik, Theorie, Feuilleton 1918-1933*. München: Wilhelm Fink Verlag.
- Díez Espinosa, J. R. (1996). *Sociedad y cultura en la República de Weimar. EL fracaso de una ilusión*. Valladolid: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valladolid.
- Dussel, K. (2004). *Deutsche Tagespresse im 19. und 20. Jahrhundert*. Berlín: LIT-Verlag.
- Fröhlich, P. (1976). *Rosa Luxemburgo. Vida y obra*. Madrid: Editorial Fundamentos.
- Knilli, F. (1974). *Die Arbeiterbewegung und die Medien. Gewerkschaftliche Monatshefte*, 6, 349-362.
- Lenin, V. I. (1976). *Prensa y Literatura*. Madrid: Akal 74.
- Lucas-Buseman, E. (1990). *Die Ermordung Rosa Luxemburgs und Karl Liebknechts. Auch nach 70 Jahren Anlass der Trauer und des Nachdenkens*. Oldenburg: Bisverlag.
- Röpenack, A. von (2002). *KPD und NSDAP im Propagandakampf der Weimarer Republik. Eine inhaltsanalytische Untersuchung in Leitartikeln von Rote Fahne und Der Angriff*. Stuttgart: ibidem-Verlag.
- Taufic, C. (1986). *Periodismo y lucha de clases*. Madrid: Akal.
- Teichler, A. (2002). "Die Weimarer Republik. Eine Zeit der freien Presse". En K. Dieter-Webber (ed.). *Verwaltete Kultur oder künstlerische Freiheit? Momentaufnahmen aus der Weimarer Republik 1918-1933* (pp. 167-198). Kassel: University Press GmbH.
- Wilke, J. (2000). *Grundzüge der Medien- und Kommunikationsgeschichte. Von den Anfängen bis ins 20. J.*